

† MÉXICO  
1985 / 2017 †

CARLOS VELÁZQUEZ  
ESCUELA ON LINE

ALEJANDRO DE LA GARZA  
POÉTICA DE CHAPULTEPEC

NAIEF YEHYA  
PIENSO EN EL FINAL

NÚM. 269 SÁBADO 19.09.20

# El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

## FABIÁN CASAS

POEMAS INÉDITOS

## MODIGLIANI EN BELLAS ARTES

VEKA DUNCAN

## SIN CAMPUS: LA NOVELA UNIVERSITARIA

FEDERICO GUZMÁN RUBIO

## LA DEPRESIÓN Y LA NOCHE

JOSÉ WOLDENBERG

Amedeo Modigliani, *Elvire con cuello blanco*, óleo sobre tela,  
detalles, 1917 o 1918. > Foto > Pinacothèque de Paris

"Identifico la poesía como algo, lo que sea —esté escrito en verso o en prosa—, puesto en estado de pregunta. Algo con una dignidad". Así describió su oficio Fabián Casas (Buenos Aires, 1965), para el medio catalán La Lata Peinada. Es, además de poeta, ensayista, y favorito de lectores de Hispanoamérica por sus versos engañosamente simples, que hablan de situaciones cotidianas, pero añaden doble o triple fondo. En **El Cultural** 159 publicamos "Un veterano del pánico", una semblanza de Casas escrita por Leila Guerriero, que acompañamos con una selección de poemas. Esta vez el autor nos comparte nuevos textos, que dan cuenta de la potencia de su pluma.



# "HERÁCLITO" Y OTROS INÉDITOS

FABIÁN CASAS

## DIALÉCTICA NEGATIVA

Nos damos cuenta que la comida está a punto cuando el olor de la cocción supera al olor de papá.

## EL GATO

Mientras atravesaba el pasillo del PH donde vive mi viejo, un gatito colombiano saltó por encima mío. De muro a muro. Con una maestría incuestionable. Sólo vi la sombra a mis pies. Y me detuve para no pisarlo.

## VANGUARDIA

Tan fumado / que no puede armar un porro / mi hermano Juan / es mal armé.

## SALVACIÓN

Mi ahijado Baltasar salvará mi alma / en esta epocalipsis / pronosticada para abril / la espero agazapado / con mi caja de Benadryl.

## BLACK MOUNTAIN

Desde la cima de la montaña negra / Robert mira cómo hombres y mujeres / cargados hasta las manos / cruzan el río pisando pequeñas piedras / así llegan los poemas de Lorca / del español al inglés.

Fuente > [multiversos.com.ar](http://multiversos.com.ar)

DIRECTORIO

**El Cultural**  
[Suplemento de La Razón]

Twitter:  
@ElCulturalRazon

**Roberto Diego Ortega**  
Director  
@sanquintin\_plus

CONSEJO EDITORIAL

**Julia Santibáñez**  
Editora  
@JSantibanez00

Facebook:  
@ElCulturalLaRazon

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki • Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Bruno H. Piché • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial > Adrian Castillo Coordinador de diseño > Carlos Mora Diseño > Armando S. Armenta

Contáctenos: Conmutador: 5260-6001. Publicidad: 5250-0078. Suscripciones: 5250-0109. Para llamadas del interior: 01-800-8366-868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 12

### ANILLO

Un amigo me regaló una campera / hace mucho / yo tenía / una vida estable y estaba sudando / años atrás una chica me cubrió mientras dormía con su piloto / también me lo quedé. Tengo regalos que incluso nunca abrí: / una caja con oscuridad, una pecera con polvo de ladrillo. / Tengo en mi bolsillo el anillo / de la que me dejó esperando. / A veces me lo pongo / solo en el balcón / y me siento parte de los Guardianes del Universo.

### LUCHA

Los diplomáticos dicen / que para que un acuerdo perdure / ambas partes deben quedar insatisfechas. / Yo lo estoy, vos? / Eras la chica que se iba a trabajar a España / y bajamos en silencio en el ascensor / me impactó tu cuello largo / modiglianesco / esa rasgo que heredarían tus hijos / lo bajo y lo alto se cruzan en el microscopio de Benjamin / antes de pegarse un tiro: nuestro matrimonio fue una lucha de clase.

### CALISTENIA

Todos los días le cocino a mi padre / y le limpio el baño que parece intervenido por Pollock. / Después hago karate en mi casa / solo / y por las noches fumo en el balcón / escuchando pasar las ambulancias.



Fuente > artspace.com

Jackson Pollock, Sin título.  
Expresión número 2, serigrafía, 1964.

### MÉTODO

Hay un método para aprender inglés / consiste en ponerte las clases grabadas en voz alta / mientras dormís / yo me acerco a mi padre que duerme y le digo / dale, ya está / te pasaste de la raya / tenés que morirte: / para que aprenda / los signos de puntuación.

### HERÁCLITO

En la casa en la que nacimos había dos baños / uno estaba inutilizado / era grande / y estaba pegado al dormitorio de mis padres / jugábamos en él con mis hermanos / a hacer batallas con los soldaditos / el otro quedaba en un pasillo angosto / donde también estaba el lavarropas / al que había que esquivar / para pasar al baño y darse una ducha / de parado / con agua fría en verano / y en invierno ponían alcohol de quemar / en la cabeza de la ducha / para calentar el agua / un peligro. / Nunca tuvimos bañera / y ni bien nos mudamos a una casa nueva / que mis padres compraron con mucho sacrificio / hicieron sacar la bañera y poner una ducha individual / como hay en los hoteles de paso / era un matrimonio / que nunca se relajaba / nunca flotaba / había que estar de pie para poder bañarse / hoy lo ayudo a mi padre que apenas puede moverse / para que se pueda bañar / lo sujeto como esos titiriteros de la calle que hacen bailar al muñeco / qué pena no tener una bañera grande donde sentarlo / cuando somos jóvenes no pensamos en la vejez / y tal vez esté bien / lo agarro con una mano y lo enjabono con la otra / él grita / cuidado, dice / le duele todo / se empañan mis lentes por el vapor / como suele pasar en ciertas películas / cuando la cámara se moja por el agua o por la sangre / y el director decide dejarla / pero quién es el director / en este caso? 🎬



Fuente > Istitibis

Jackson Pollock, Sin título. Expresión número 1, serigrafía, detalle, 1964.

*En días recientes, tras seis meses cerrado por la pandemia, el Museo del Palacio de Bellas Artes abrió al público y lo hizo con El París de Modigliani, exposición que no sólo nos acerca a su legado, sino también da a conocer el de colegas con los que trató –incluidos mexicanos– en la capital francesa. En charla con Marc Restellini, curador de la muestra, Veka Duncan explora factores que distorsionaron la lectura de su obra y explica cómo este trabajo museográfico enriquece nuestro entendimiento de un artista excepcional.*

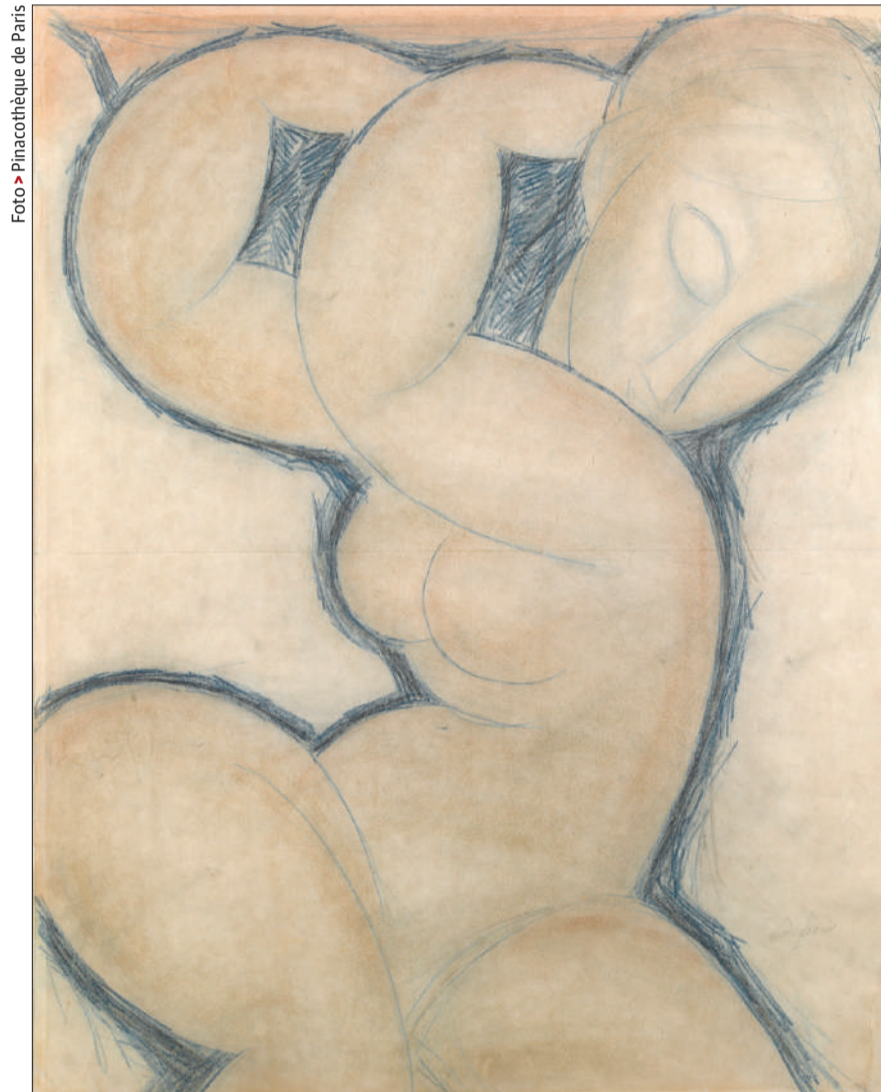


Foto &gt; Pinacothèque de Paris

Amedeo Modigliani,  
*Cariátide azul*, lápiz azul  
sobre papel, ca. 1913.

# MODIGLIANI, MÁS ALLÁ DEL MITO

VEKA DUNCAN

@VekaDuncan

**E**l 24 de enero de 1920, Amedeo Modigliani sucumbió a la tuberculosis contra la que luchó desde la adolescencia. Su muerte a los 35 años y su cercanía con la bohemia parisina lo rodearon de un halo de trágico romanticismo que, a la vez, ha opacado su obra.

Para reabrir tras el cierre por la pandemia, el Museo del Palacio de Bellas Artes inauguró *El París de Modigliani*, exposición que, con motivo de su centenario luctuoso, propone una nueva mirada a la obra del italiano y a la de personajes con los que compartió experiencias en la capital francesa del siglo XX. Esas

vivencias, plasmadas en lienzo y papel, dialogan para revelar –por primera vez en México– a un Modigliani despojado de leyendas.

## UN CREADOR ENFERMO

Durante el siglo XIX, la tuberculosis fue llamada *enfermedad de los artistas*. En la época se consideraba que la melancolía era un estado de ánimo de las almas sensibles, mientras la palidez de los enfermos dejaba claro que habían sido tocados por las musas. Esta idealización se arrastró hasta inicios del siglo XX,

abonando a la leyenda del artista italiano. Si bien fue más que las tragedias de su vida, lo cierto es que para entenderlo hay que echar un vistazo al Amedeo que pasó años postrado.

Como sucede a menudo con firmas icónicas en la historia del arte, es probable que debamos su talento –al menos en parte– a la aflicción que padeció. Aunque desde niño mostró dotes artísticas, comenzó a desarrollarlas a los once años, al enfermar por primera vez. Al estar confinado en casa por largas temporadas, el dibujo fue su escape. Hablar de aislamiento y enfermedad resuena con fuerza ahora que los museos reabren tras seis meses de cierre, con lo que resulta casi imposible evitar la comparación entre la experiencia del artista y lo vivido este año. En entrevista para **El Cultural**, Marc Restellini, curador de *El París de Modigliani*, subraya que el italiano falleció en el contexto de la Gripe Española. “Es una ironía que la exposición ocurra en medio de la pandemia, es un poco desconcertante, aunque no soy supersticioso”, añade, mientras deja que una sonrisa asome a través del cubrebocas.

El creador livornés cargó con los estragos de la tuberculosis toda su vida y, tras su muerte, lleva cien años llevando a cuestras el mito del bohemio. “Es difícil luchar contra ese estigma”, comenta Restellini, quien asegura que Modigliani ha sido víctima de las *fake news*. “No es cierto que estaba sumido en la bebida y en el caso de la droga, sólo la consumió una vez con su médico, Paul Alexander. Entre 1905 y 1909 se crearon varias ligas antialcohol, surgidas porque se atribuyó a la bebida la derrota de Francia en la guerra de 1870. El artista fue víctima de las campañas de esas ligas”. Para Restellini, el estigma se acentuó al haber muerto tan joven, a lo que además se sumó la partida de su pareja, Jeanne Hébuterne: se quitó la vida dos días después de él, y con ocho meses de embarazo. A esto hay que añadir la película *Los amantes de Montparnasse*, de Jacques Becker (1958), que pinta a un Modigliani envuelto por la bohemia.

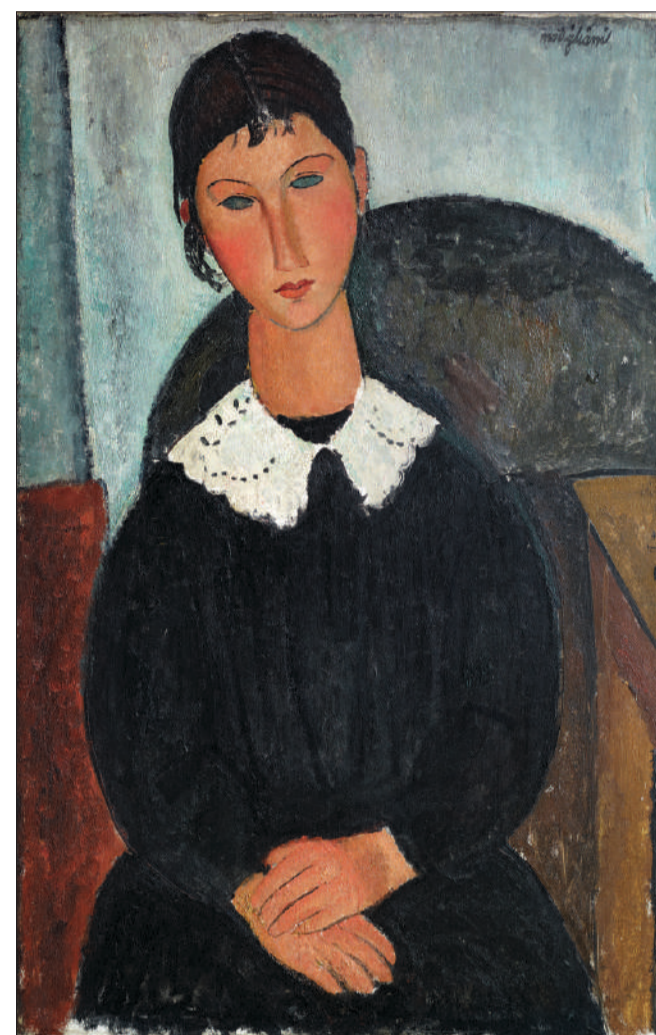
## EPICENTRO DEL ARTE

En 1906, el italiano irrumpió en la llamada Escuela de París. Se acercó en el barrio de la Ópera para luego mudarse al afamado Montparnasse, no sin antes pasar por Montmartre. Con su formación y sus referentes renacentistas a cuestras, rápidamente se integraría a las discusiones sobre el lugar del arte ante el cambio de siglo.

En ese momento, París significa modernidad. “Es el centro del mundo artístico”, afirma Restellini; “ahí ocurre una revolución a final del siglo XIX, en todos los niveles. Se inventan dos cosas: el tubo de pintura y el caballete. Eso hace que el artista salga a la naturaleza. Pasamos de la pintura en estudio a la pintura al aire libre”. Mientras la Academia insistía en trabajar como en el siglo XVI, salir a pintar era transgresor. Así surgió el impresionismo, que rompió los paradigmas de su tiempo y atrajo pintores de todo el orbe.

Sólo en París era posible que surgieran figuras como Suzanne Valadon, cuya obra forma parte de la muestra en Bellas Artes. Para Restellini, su presencia es sintomática de lo que significaba la experiencia parisina: “En aquel momento el arte se rige por las reglas estrictas de la Academia, la pintura no está permitida a las mujeres; el impresionismo trae la transgresión por parte de ellas”. Restellini destaca: “Valadon vivía libremente y no le importaba el qué dirán”. Así, la ruptura con la Academia va más allá de las convenciones formales del arte; crea un espíritu de

“MIENTRAS LA ACADEMIA  
INSISTÍA EN TRABAJAR  
COMO EN EL SIGLO XVI,  
SALIR A PINTAR  
ERA TRANSGRESOR.  
ASÍ SURGIÓ  
EL IMPRESIONISMO”.



Amedeo Modigliani, *Elvire con cuello blanco*,  
óleo sobre tela, 1917 o 1918.

época que trastoca las normas sociales. El nombre de Valadon representa su tiempo. Además de ser amante del compositor Erik Satie y de pintores como Renoir y Toulouse-Lautrec, fue una artista que se atrevió a representar el cuerpo femenino desde la perspectiva de una mujer, libre de la idealización y erotización masculinas, a la vez que presentaba el cuerpo del hombre con una fuerte carga sexual. “Ella hace lo que quiere hacer y vive como quiere vivir”, enfatiza Restellini para resaltar la importancia de incluir su obra en esta exposición que evoca el París de la primera mitad del siglo XX.

Quizá quien mejor representó la ciudad de libertades fue Maurice Utrillo, hijo de Valadon y protagonista destacado de la exposición del Palacio de Bellas Artes. “Utrillo fue realmente el pintor de París, el más conocido. Su interpretación arquitectónica de la ciudad hace que hoy su obra tenga casi un valor de archivo fotográfico”, comenta el curador.

A las firmas de Valadon y Utrillo se suman también las de Chaïm Soutine y de André Derain, de quien se exhibe una versión de *Las bañistas* que se creía perdida y forma parte de la colección de la Fundación Netter, núcleo de la exposición. Así, la muestra *El París de Modigliani* es más que una retrospectiva del italiano: comprende también obras de artistas quizá poco conocidos entre el público, pero que jugaron un papel fundamental en la transición del impresionismo a las vanguardias y con quienes Modigliani evolucionó. De acuerdo con Miguel Fernández Félix, director del Museo del Palacio de Bellas



André Derain,  
*Las grandes bañistas*,  
óleo sobre tela, 1908.

Foto > Pinacothèque de París / Fabrice Gousset

Fuente > Pinacothèque de París / Fabrice Gousset

Artes, este diálogo “da una fotografía muy clara de la Escuela de París a partir de los diversos puntos de relación y confluencia”.

### RICO INTERCAMBIO

París no sólo es una coordenada en el mapa, es un concepto que puede ser rastreado desde y hasta diversos rumbos del mundo. *El París de Modigliani* manifiesta que México es uno de ellos, pues el legado de la capital francesa en el arte nacional queda representado en la curaduría. Desde el planteamiento inicial de la exposición se propuso incluir el vínculo de Modigliani con artistas mexicanos que emigraron en busca de la revolución parisina. Diego Rivera, Carlos Mérida y Ángel Zárraga son nombres que encontramos en la exposición en el Palacio de Bellas Artes por su diálogo con Modigliani, pero quizá los más interesantes son los que representan una revelación, como Benjamín Coria, ahora desconocido, pero en ese entonces el verdadero amigo mexicano de Modigliani.

La relevancia de incluir a estos creadores no radica sólo en mostrarnos que estuvieron ahí, pues se sabe que, desde el siglo XIX, los alumnos destacados de la Academia de San Carlos eran enviados a París a continuar estudiando. La importancia de ver a Modigliani con sus “compañeros de viaje” —como los denomina la exposición— va más allá. Para Jaime Moreno Villarreal, curador del núcleo mexicano de la muestra, este diálogo “va a abrir nuestros ojos al hecho de que el arte mexicano del siglo XX participó de las vanguardias históricas”.

La amistad de Modigliani con los artistas nacionales ha sido una sorpresa

Foto > Pinacothèque de París



Amedeo Modigliani, *Niña vestida de azul*, óleo sobre tela, 1918.

Ángel Zárraga, *Exvoto. Martirio de San Sebastián*, óleo sobre tela, 1911.



Fuente > Museo Nacional de Arte, INBAL © Ángel Zárraga / SOMAAP/México/2020

para Restellini, el mayor experto en el artista livornés, quien a partir de la iniciativa del Museo del Palacio de Bellas Artes descubrió que éste había vivido un tiempo con Diego Rivera. “No debió haber sido fácil vivir con Modigliani, mucho menos con Rivera”, comenta riendo; “el hecho de que hayan estado seis meses juntos implica que discutían ideas”. Esta noción de intercambio es, para Restellini, fundamental en la relación de Modigliani con creadores mexicanos; para el curador es importante que el público no vea este vínculo como una inspiración, sino más bien como un diálogo a partir de búsquedas compartidas.

Uno de los intereses comunes entre ambos creadores fue el primitivismo, que en París tomaba el camino del arte africano, mientras los mexicanos rescataban el pasado prehispánico. Las máscaras africanas causaron una profunda impresión en Modigliani; en sus trazos y, más aún, en su escultura, evocó aquellos rasgos abstractos. Restellini considera que a Modigliani debió interesarle el sincretismo de la cultura mexicana, pues en él veía reflejada su propia experiencia. “El propio Modigliani viene de un sincretismo entre el arte italiano y la educación judía, muy propia de su ciudad natal”, señala. “De Diego le interesó el encuentro del arte cristiano con el arte prehispánico. La fusión universal permite al italiano crear una síntesis”, concluye.

### POCO COMPRENDIDO

Al hablar del París de Modigliani es imposible obviar la ebullición creativa que llevó a la formación de grupos artísticos. Así, sorprende que Amedeo se haya mantenido al margen, a pesar de rodearse de las figuras más representativas de los movimientos de la época. Esta ambigüedad con respecto a las

“ESTA MUESTRA PROPONE VER A MODIGLIANI MÁS ALLÁ DE CATEGORÍAS Y REVALORARLO EN SU COMPLEJIDAD”.

vanguardias lo coloca en un sitio difícil, pues nunca queda claro dónde ubicarlo estéticamente. Esto contribuyó a que durante años su obra fuera opacada por la de sus contemporáneos.

Para Restellini no debe haber confusión, debido a que “él tenía muy clara la síntesis que le interesaba hacer”. No evitaba el diálogo con los colegas de su tiempo, pero no le interesó militar en ningún movimiento. “Lo buscaron cubistas y surrealistas, e incluso la primera vez que expuso fue en una exposición del grupo dadá en Zurich, pero siempre se negó a firmar cualquier manifiesto y no creía en el cubismo”.

Esta muestra en Bellas Artes propone ver a Modigliani más allá de categorías y revalorar su obra a la luz de su complejidad, pues la necesidad de etiquetarla a partir del trabajo de otros nubla nuestro entendimiento de lo que representó para el arte de vanguardia. “La gente tiende a ver su obra como algo bonito y por eso tomó tiempo que se le valorara”, lamenta el curador, y añade: “es un pintor elitista, en el sentido intelectual, pero escondió sus referencias bajo la belleza”. Se trata pues, de un artista del fondo, no de la forma, que buscó penetrar en lo más profundo del interior humano. 

El Museo del Palacio de Bellas Artes ofrece en línea material complementario a la muestra. Puede consultarse en <http://museopalaciodebellasartes.gob.mx/modigliani/>

La emergencia sanitaria que ha trastornado al mundo en 2020 revela consecuencias muy serias en el sector educativo, con futuro imprevisible –igual que tantos otros rubros de la actividad social. Escuelas y universidades se han visto obligadas a continuar por la vía del teletrabajo. Este ensayo aborda varias novelas de primer orden que recrean la vida del campus, hoy en suspenso; al revisarlas también compara su práctica docente con la del mundo actual, cuando la pedagogía universitaria se confina al espacio de internet, único disponible por el momento.

Sin campus

# LA NOVELA UNIVERSITARIA

## A LA DISTANCIA

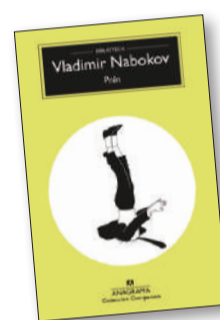
FEDERICO GUZMÁN RUBIO

—¿Me ven, me escuchan?  
¿Ya estoy conectado?

Estos días que la universidad se ha quedado sin campus, ya que por la pandemia ha migrado al formato digital, es buen momento para re(ler) la novela de campus. El nombre mismo de este subgénero nos obliga a preguntarnos si la universidad es sobre todo un lugar, un espacio. La respuesta inmediata es que no, que es algo más: un quehacer, una comunidad, un fin, una serie de prácticas, un estado de ánimo, un deseo, incluso un espíritu. Cada una de estas respuestas podría convertirse en un módulo y estructurar uno de esos seminarios de posgrado con títulos como “Hacia una problematización metodológica de la construcción discursiva de la ficción de universidad en el capitalismo tardío”, que tanto gustan en... la universidad. El seminario tendría que plantearse, para empezar, cómo leer la novela de campus a falta de campus: ¿como utopía, como historia, como proyecto? Es más, nos estamos adelantando; primero habría que decidir en qué facultad se impartiría el seminario: ¿Filosofía y Letras, Economía, Mercadotecnia, Arqueología?

Cada siglo ha brindado su respuesta, de hecho, y si la universidad en el Medioevo era sobre todo la Facultad de Teología y en la Ilustración, la Facultad de Filosofía y la de Ciencias (esta última sobre todo en Europa), en el siglo XIX (en especial en América Latina), la universidad se concibió más bien como la Facultad de Derecho, y en el XX, como la de Políticas, Económicas y Empresariales, hasta llegar a la de Ingeniería, de preferencia en sistemas o en mecatrónica. De esta forma, podemos afirmar que la universidad es ese lugar (por el momento metafórico) en el que se pasó de buscar argumentos para demostrar la existencia de Dios a desarrollar *apps* para el celular, con un breve paréntesis de algunas décadas o siglos en que también se ocupó de catalogar el mundo, redactar códigos y hacer la revolución.

Por supuesto, todas esas universidades conviven y están presentes,



aglutinadas, en la universidad contemporánea, o al menos lo estaban hasta marzo pasado, cuando los campus quedaron desiertos, tras una evacuación intempestiva. Nunca en su historia, fuera de los veranos, la universidad había quedado tan vacía, y vaya que tiene historia la universidad. En unos cuantos días, las clases se retomaron con un “como decíamos ayer”, que, aunque menos dramático que el supuestamente pronunciado por fray Luis de León al regresar a su cátedra tras un encarcelamiento de casi un lustro en la cárcel de la Inquisición, sí resultó más extraño.

El fraile mal que bien volvió a su aula de toda la vida en la Universidad de Salamanca, mientras que los docentes del mundo entero se encontraron de pronto impartiendo su clase, simultáneamente, en ninguna parte y en el rincón de su casa que brindara la mejor escenografía. El semestre concluyó con más de un sobresalto y a toda carrera, sin que alumnos y maestros, distraídos por el cambio vertiginoso y preocupados por el avance de la pandemia, hayan prestado mucha atención a los significados subyacentes de la migración digital. No obstante,

ahora que esta situación que parecía pasajera amenaza con extenderse, la reflexión se vuelve impostergable, y una buena forma de abordarla, aprovechando que es verano, es leyendo algunas viejas novelas de campus.

—**PORFAVOR**, alumnos y alumnas, apagan sus micrófonos y sus cámaras.

El (anti)héroe indiscutible de la novela de campus es el profesor universitario, quien, siendo sinceros, podría saltar sin demasiados problemas de una novela a otra, siempre y cuando se las ingenie para impartir un semestre lengua rusa en *Pnin*, de Nabokov, el siguiente literatura inglesa en *Intercambios*, de David Lodge, y en verano, un curso de historia medieval en *Lucky Jim*, de Kingsley Amis. Parece ser, entonces, que típicamente la novela de campus es un subgénero anglosajón, en que el protagonista es un profesor de humanidades, un hombre: para las pretensiones universalistas de la universidad, estas características parecen bastante acotadas, pero así fue en un inicio y al menos, en cuanto a novela se refiere, así sigue siendo la mayoría de las veces.

Este profesor, simpático como todos los perdedores literarios, se viste incluso igual en las tres novelas (un anticuado saco de *tweed* con coderas gastadas podría ser el uniforme oficial); en todas tiene una vida afectiva deprimente y su frustración académica sólo compite con su frustración vital, pues la existencia de los tres profesores ha sido irreversiblemente aplastada por una pesada y excesiva bibliografía. Curiosamente, los tres personajes se toman más o menos en serio su labor,

“EL (ANTI)HÉROE INDISCUTIBLE DE LA NOVELA DE CAMPUS ES EL PROFESOR UNIVERSITARIO, QUIEN, SIENDO SINCEROS, PODRÍA SALTAR SIN DEMASIADOS PROBLEMAS DE UNA NOVELA A OTRA”.

cultivan una erudición algo inútil, hiperespecializada, y no entienden por qué el mundo no comparte su detallada pasión por Tolstoi, Jane Austen o las cruzadas. La épica no está excluida de la vida de estos profesores, aunque sus gestas se limiten a sobrevivir a una cena con sus colegas y a las siempre temidas autoridades universitarias, a pronunciar una ponencia ante un auditorio vacío o, más frecuentemente, a internarse en la biblioteca en busca de una referencia oscura, tal y como Nabokov describe a su Pnin:

Eran muchos los jóvenes para los cuales representaba una auténtica diversión y un verdadero honor ver a Pnin cuando sacaba uno de los cajones de fichas y se lo llevaba a un rincón resguardado para pegarse un tranquilo atracón mental con su contenido, moviendo a veces los labios en una especie de silencioso comentario, crítico, satisfecho o desconcertado, y alzando otras sus rudimentarias cejas y olvidándose allá arriba, abandonadas en la espaciosa frente en donde permanecían mucho tiempo después de que se hubiese borrado toda huella de escándalo o duda.

**RESULTA SUGERENTE** imaginar a los protagonistas de las tres novelas adaptándose en un fin de semana al entorno digital, con sus códigos de etiqueta, sus trucos tecnológicos y su puesta en escena más cercana al estudio de televisión que al escenario teatral del salón de clases. Y es que todo desplazamiento, cuando se trata de profesores universitarios que sólo se sienten seguros en su cubículo, da para una sátira como *Intercambios*, que trata justamente de eso: en los setenta, un profesor inglés de una universidad tradicional realiza un intercambio académico con un colega de California de una universidad hippie, y ambos tienen que adaptarse a un mundo universitario completamente distinto. Pero esa migración es modesta en comparación con la que se ha experimentado en el curso de los últimos meses, cuando lo que cambia ya no son los usos y costumbres de cada campus, sino su materialidad.

Es fácil satirizar un mundo tan ritualizado como el universitario, con su sistema de castas, sus concursos bíblicos, sus exámenes solemnes y sus personajes prototípicos, del profesor que nunca publicó ni siquiera una reseña al que crea un tratado de su desayuno, del alumno brillante que merecería estar exponiendo al que se las ingenia para reventar cualquier clase, del catedrático que sin problemas puede dar una clase de cinco horas sobre un aforismo de Lichtenberg al que no sabe responder una pregunta sobre la caída del comunismo. Todo este material, sin embargo, es difícilmente trasladable a una clase en línea, donde la universidad queda reducida a su expresión más elemental: un profesor que habla y un alumno que escucha, invisible y mudo, además, pues habitualmente se le obliga a apagar la cámara y el micrófono “para no saturar la red” y para que su realidad cotidiana no interfiera en la clase.

La lectura puede ser doble: despojada de toda teatralidad superflua y de todo contexto incómodo, la clase en línea resume la misión básica de la universidad, y a la vez, deslocalizada y descontextualizada, pierde su verdadero sentido pues se convierte, literalmente, en un monólogo con un solo micrófono activado. Por si fuera poco, el único rostro que el profesor ve permanentemente en la pantalla durante su clase en línea es el suyo, como si él solo se diera la clase, en un desmedido ejercicio de onanismo docente. Ninguno de los tres personajes de estas tres novelas soportaría verse durante más de una hora hablándose a sí mismo, reflejado en una pantalla, gesticulando, confiando en una presencia digital que pone a prueba la cordura.

—¿QUE SI PUEDEN grabarme? ¿Cómo? ¿Grabar toda la clase en video? Está bien pero, por favor, chicos, no me vayan a convertir en meme.

Mucho más recientes, podríamos agrupar otras novelas de campus como las novelas de la vigilancia o de la censura. La más célebre es *La mancha humana*, de Philip Roth, sobre un profesor de letras clásicas y exrector de su universidad al que se obliga a renunciar por acusaciones de racismo.

“PODRÍAMOS AGRUPAR OTRAS NOVELAS DE CAMPUS COMO NOVELAS DE LA VIGILANCIA O DE LA CENSURA. LA MÁS CÉLEBRE ES LA MANCHA HUMANA, DE PHILIP ROTH, SOBRE UN PROFESOR AL QUE SE OBLIGA A RENUNCIAR POR ACUSACIONES DE RACISMO”.



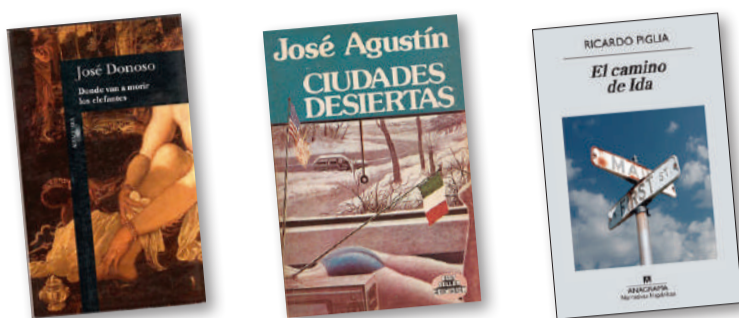
El incidente se desata cuando el profesor se refiere a dos alumnos faltistas como *spooks*, término que significa *fantasma* pero que también es una forma peyorativa de referirse a los negros en Estados Unidos (y que en la versión española misteriosamente se tradujo como “negro humo”).

Lo que pudo ser un simple dicho en clase se convierte en una acusación formal, debido a que los dos faltistas son estudiantes negros y a una serie de conspiraciones y venganzas que se desatan en nombre de la corrección política, contra la que Roth arremete. Mucho menos ambiguas son las acciones que llevaron a que el profesor sudafricano de *Desgracia*, de J. M. Coetzee, perdiera su empleo tras mantener una relación sentimental con una alumna, a la que violenta y a la que también intenta beneficiar académicamente. Aunque la culpa de uno es cuando menos cuestionable mientras que la del otro es flagrante, las dos novelas muestran una universidad inconcebible en los tiempos de Amis, Lodge y Nabokov; y si la preocupación por el respeto entre todos los miembros de la comunidad constituye a todas luces una política positiva, más cuestionables son los mecanismos de control y de censura que las buenas intenciones pueden propiciar.

**UN EJEMPLO** de ello se brinda en *Moronga*, de Horacio Castellanos Moya, en la que un exguerrillero y exmercenario salvadoreño acaba trabajando en una ciudad estudiantil de Estados Unidos, como operador en el sistema de espionaje electrónico de la universidad. Su labor consiste, mediante alertas léxicas, en leer los correos electrónicos y los mensajes potencialmente peligrosos de todos los miembros de la comunidad, que pueden ir desde la planeación de un atentado a la de un romance. Así, el exguerrillero salvadoreño termina espionando a un profesor compatriota que lleva a cabo una investigación con el fin de averiguar de una vez quiénes fueron los asesinos del poeta Roque Dalton, con lo que el investigador histórico y literario acaba siendo policialmente investigado. Las tres novelas, sobre todo la de Roth y la de Castellanos Moya, exhiben una universidad cuya vigilancia paranoica se centra en los mandatos de la corrección política, mientras que la de Coetzee, sin tomar una postura clara, muestra las ventajas de esa vigilancia al desenmascarar a un profesor cuyo machismo no consiste en decir una expresión desafortunada en clase, sino en atacar a una alumna y además participar en la comisión de un fraude académico.

Ninguno de los tres novelistas, sin embargo, imaginó los sistemas de vigilancia que suponen las clases en línea. Al principio parecía que la huida del salón de clases era el principio de la anarquía, pero poco a poco fue quedando claro que el chisme de pasillo jamás tendrá la exactitud de los sistemas digitales. Además de controlar la duración y los horarios de clase, ahora es posible grabar cada sesión, lo que podría haber supuesto tanto la abolición como la condena definitiva





“COMO LO HAN ADVERTIDO ESPECIALISTAS,  
SE CORRE EL RIESGO DE QUE MEDIDAS  
EXCEPCIONALES, NECESARIAS DURANTE  
LA EMERGENCIA, SE NORMALICEN Y PERPETÚEN.  
DESPUÉS DE TODO, ES MÁS SENCILLO  
MANTENER UNA PLATAFORMA QUE UN CAMPUS”.

de Coleman Silk, el profesor de Roth, pues finalmente toda evidencia puede usarse a favor o en contra de quien sea, dependiendo de las intenciones.

Por otra parte, en la actualidad digital, el profesor no es el único sospechoso, quizás ni siquiera el principal. De pronto, el estudiante también se ha convertido en un acusado que tiene que demostrar su inocencia. Varias universidades del mundo ya están aplicando exámenes en línea con *software* que filma al estudiante y detecta si sus ojos miran hacia otra parte que no sea la pantalla, que impiden que navegue por internet y que tienen acceso a todos sus archivos para controlar por completo su computadora mientras dura la prueba. De esta forma, literalmente, mirar de lado puede convertirse en un motivo para reprobar. La libertad de cátedra, la privacidad y confianza parecen términos prepandémicos en un momento en el que la asepsia obligada en el exterior amenaza con trasladarse a todos los ámbitos.

—¿SÍ ME OYEN, verdad? Por favor, que alguien diga algo. Vamos, comenten, pregunten algo. ¿Me oyen?

*Moronga*, la novela de Castellanos Moya, pertenece de hecho a otro subgénero dentro del subgénero de la novela de campus: la del profesor latinoamericano o español que intenta sobrevivir a la universidad anglosajona. Tres de los mejores novelistas españoles contemporáneos han escrito novelas de esta clase: Javier Marías con *Todas las almas*, Javier Cercas con *La velocidad de la luz* y Antonio Orejudo con *Un momento de descanso*. Los latinoamericanos también han hecho lo suyo: José Donoso con *Donde van a morir los elefantes* y José Agustín con la divertidísima *Ciudades desiertas*. Más de una vez estas novelas acaban en asesinatos que se resuelven matemáticamente, como en *Los crímenes de Oxford*, de Guillermo Martínez, o literariamente, como en *El camino de Ida*, de Ricardo Piglia. Y es que si en principio la novela de campus parece un género anglosajón, la literatura hispánica también ha escrito mucho sobre la universidad.

Ya en el Siglo de Oro aparece lo que aquí podemos llamar la “tragicomedia

de campus”, centrada no en el catedrático sino en el estudiante, cuya imagen no ha variado mucho en cuatrocientos años. En *La verdad sospechosa*, de Juan Ruiz de Alarcón, leemos una descripción de los estudiantes salmantinos con la que se intenta justificar la manía del protagonista de decir mentiras, lo que al parecer fue lo único que aprendió en su estancia universitaria: “En Salamanca, señor, / son mozos, gastan humor, / sigue cada cual su gusto; / hacen donaire del vicio, / gala de la travesura, / grandeza de la locura; / hace, al fin, la edad su oficio”.

Los estudiantes son, según lo ha advertido Giorgio Agamben en un polémico artículo en el que también equiparó a los docentes que damos clases en línea con los que juraron lealtad al fascismo en 1931, los principales perjudicados de la migración digital. Su mayor pérdida no la constituyen los materiales pedagógicos, que en buena parte pueden encontrar en línea, o las lecciones de los maestros, quienes hacen lo que pueden en la pantalla, sino la convivencia entre ellos mismos.

**SIN EMBARGO**, la vida estudiantil se retrata más bien en otro género, la novela de formación, lo que muestra las limitaciones de la novela de campus al concebir la universidad sólo como el decorado narrativo para las aventuras de un profesor. Esto no sucede siempre así, por supuesto, al menos no en las mejores obras.

No sucede en *Stoner*, de John Williams, cuyo protagonista llega desde un entorno rural a la universidad para ya no salir de ella. Stoner, como estudiante y luego como profesor, descubre que su lugar en el mundo es la literatura y, para él, la forma más práctica de habitarla es en la universidad. La novela tiene un tono elegíaco y es un homenaje a la vocación de aprender y de enseñar, pero también es un lamento ante la certeza de que la universidad ya no es lo que era, queja que lleva haciéndose quinientos años y que por primera vez, en estos meses, es indiscutiblemente real.

**SI BIEN** la clase se mantiene, la discusión que la rodea ha variado: ya no sólo se debate si es necesario enseñar

competencias o contenidos, teoría o práctica; si la función de la universidad es social o individual; si debe ser un mecanismo de ascenso social (como lo fue para Stoner) o si debe privilegiar a una élite académica; si su prioridad es la transmisión o la producción de conocimiento. Ahora, uno de los debates más recurrentes es si es mejor Zoom, Teams o Google Meet. Por supuesto, las plataformas digitales fueron un mecanismo precioso para salvar las clases durante la emergencia sanitaria, pero al tiempo que mostraron su utilidad también descubrieron sus límites, que en todo el mundo han señalado docentes y estudiantes.

Como lo han advertido diversos especialistas, se corre el riesgo de que muchas medidas excepcionales, necesarias durante la emergencia sanitaria, se normalicen y perpetúen. Después de todo, es más sencillo mantener una plataforma que un campus, como lo deben pensar los políticos al elaborar sus presupuestos, y después de todo caben más alumnos en un aula virtual que en una física, como lo debe pensar más de una autoridad universitaria al distribuir su matrícula. Sin embargo, hay un hecho que da lugar al optimismo: frente al discurso dominante de que cualquier tecnología es por sí misma óptima, decenas de millones de estudiantes y maestros han comprobado durante el experimento involuntario de la cuarentena que todavía no hay mejor invento para aprender y para enseñar que un salón de clases. Esto no significa, claro, que la tecnología no pueda brindar herramientas auxiliares, ya sea para compartir materiales didácticos, acortar distancias o utilizar recursos multimodales de apoyo. Es fabuloso poder ver en YouTube las clases que Ricardo Piglia impartió sobre Borges en la televisión argentina y todo estudiante de literatura tendría que verlas, pero estos videos jamás podrá sustituir *Un día en la vida*, también de Piglia, mi novela de campus preferida.

De hecho, no se trata de una novela, sino de un inserto en el tercer tomo de sus diarios, que tituló como *Los diarios de Emilio Renzi*. En esta narración, Piglia reconstruye un día ideal, en el que por la mañana es estudiante de la Universidad de la Plata y por la tarde profesor de la de Buenos Aires, y entre un campus y otro aprovecha para tomar café con los amigos, ir al cine, leer y subrayar y anotar (como leen los universitarios), discutir con sus alumnos y colegas, responder preguntas, esquivar provocaciones, planear artículos, elaborar proyectos y esbozar teorías, todo en los pasillos de una perfectamente reconocible universidad latinoamericana, tapizada de carteles políticos, de anuncios de películas francesas y de puestos de libros que no podrán tener mejor lector. En estas pocas páginas, Piglia confirma lo que cualquiera que haya ido a la universidad sabe: que un día perfecto es cualquiera en que se va a tomar una clase o a darla, y contra eso no hay pandemia ni corporación que pueda.

—¿CÓMO? ¿Se cortó la señal? ¿Cuánto tiempo llevo hablando solo? ■

Esta reseña invita a leer un libro "que no tiene desperdicio", cuyo autor es Jesús Ramírez-Bermúdez, neuropsiquiatra, escritor y ensayista que mantiene en las páginas de **El Cultural** su leída columna, "Redes neurales". Depresión. La noche más oscura. Una mirada científica *ha comenzado a circular* —y concentrar el interés de los lectores— mientras el espacio privado y colectivo afrontan la epidemia; justo cuando el conocimiento, entre la confusión y el barullo, refrenda su valor irremplazable.

# LA DEPRESIÓN Y LA NOCHE

JOSÉ WOLDENBERG

El espacio público está plagado de supercherías. Consejas tradicionales jamás probadas, conjuros mágicos frutos de la imaginación, sentencias alimentadas por la ignorancia. No son fórmulas inanes. Todo lo contrario. Son diques contra el pensamiento racional, saboteadoras de los avances científicos y, cuando hablamos de enfermedades, pueden llegar a ser criminales.

Existe un notorio déficit de conocimientos científicos en la conversación pública. Por ello los intentos de inyectar ciencia a la alharaca desinformada tiene mucho sentido. Estamos lejos de los ensueños optimistas de la Ilustración que veían un proceso en que el conocimiento, la razón y el humanismo irían, conforme avanzara la educación, derrotando a la ignorancia y la sinrazón. Pero por lo menos un poco de información dura, difusión de los conocimientos comprobados y los avances de la ciencia sirven para que nuestros intercambios no sean sólo fruto del capricho y la desinformación.

Por ello un libro como el de Jesús Ramírez-Bermúdez debe celebrarse. *Depresión. La noche más oscura. Una mirada científica* (Debate, México, 2020) se introduce en el universo complejo de una dolencia que ha sido maltratada y maltratada, sobre todo por los cuentos inerciales que crecen y se reproducen de boca en boca.

Con muy buena pluma, sintetizando un vasto conocimiento, de forma lógica y entendible para (nosotros) los legos, Ramírez-Bermúdez construye un libro que arroja luz sobre una "condición de salud" que hiere y atrofia la vida de millones. Un mal que inunda el ánimo y lo tiñe de tristeza, sentimientos de culpa, desgana, miedo, falta de motivación y que en el extremo puede llevar al suicidio.

Por fortuna, el autor no es un fundamentalista de las escuelas que atienden esa dolencia. Y por ello es capaz de ofrecer un fresco que intenta rescatar lo válido de las muy distintas corrientes que arrojan algún grado de comprensión del padecimiento y de su atención. Sabe que hay factores sociales y culturales que influyen en la

depresión, pero también que no se le puede dar la espalda a los procesos bioquímicos, neurofisiológicos y hormonales que actúan en los individuos. "Para atender la génesis de la depresión mayor resulta útil estudiar con el mismo interés los factores biológicos y sociales". Y lo hace. De tal suerte que al final ofrece un recorrido de lo que hoy se sabe sobre "la depresión mayor".

Hace un breve recorrido histórico de la forma en que se entendió y atendió la "bilis negra" o la "melancolía", hasta que en el siglo XIX se acuñó el concepto *depresión*. Rescata a los principales autores, sus aportes y las formas en que codificaron ese "profundo sufrimiento", hasta explicar la manera en que hoy se le entiende.

La depresión no tiene una "alta heredabilidad". Otros trastornos mentales como la esquizofrenia o el autismo tienen un coeficiente cercano al 80 por ciento, y enfermedades físicas como la diabetes o el cáncer de mama de alrededor del 60, pero la depresión, igual que el alcoholismo, ronda el 40.

Factores sociales que modelan las biografías influyen. "Privación y amenazas" multiplican las posibilidades de ser afectados. Quienes viven en "orfanatorios, albergues, prisiones, asilos, hospitales psiquiátricos", el abandono o descuido de los niños por parte de sus padres, son situaciones que influyen en la posibilidad de procesos depresivos.

Las amenazas, el abuso físico o sexual, la violencia doméstica o en la comunidad, agravados por la pobreza (que "afecta de forma directa la estructura y función del cerebro"), también gravitan activamente en la depresión. Por supuesto, no son excluyentes unos de los otros, y si las amenazas (maltrato infantil) o privaciones tiñen la vida durante la niñez (pérdida de la madre o el padre, las separaciones), el impacto puede manifestarse en el mediano o largo plazo.

Somos seres sociales y nuestro hábitat nos impacta. No nos determina, pero sí nos condiciona. Dice Ramírez-Bermúdez: "Los verdaderos depredadores del ser humano son otros seres humanos". El contexto familiar y

"LAS AMENAZAS,  
EL ABUSO FÍSICO O SEXUAL,  
LA VIOLENCIA DOMÉSTICA  
O EN LA COMUNIDAD,  
AGRAVADOS POR LA POBREZA,  
GRAVITAN ACTIVAMENTE  
EN LA DEPRESIÓN".

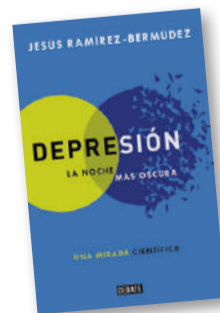
social deja su huella en nuestra salud mental. Sin embargo, alerta el autor, hay personas capaces de sobreponerse a las adversidades y existen "factores protectores" que van desde la nutrición o la actividad física hasta "los ambientes culturales enriquecidos". Se trata de un apunte pertinente —creo— por la facilidad con la que se ha instalado entre nosotros, sin mediaciones, la conseja de que *infancia es destino*. Por supuesto que la infancia marca, pero no determina. Existen márgenes que pueden ser explotados para trascender el pantano que construyen las infancias desdichadas.

El libro expone los factores fisiológicos que influyen sobre el ánimo, el funcionamiento de los neurotransmisores, los medicamentos que se han utilizado para atender la depresión, la forma en que genética y ambiente se anudan y buen número de preguntas que siguen abiertas. Y señala que tanto la psicoterapia como los medicamentos pueden ser útiles, dependiendo de la profundidad de la depresión y de que en muchos casos ambos tratamientos son complementarios.

Es una obra rica y sugerente de la que apenas hemos presentado aquí un pálido esbozo. Una nota que desea invitar a asomarse a un texto que no tiene desperdicio.<sup>1</sup> ■

NOTA

<sup>1</sup>Errorcillos que se pueden corregir en la segunda edición: 1) En la p. 76 se repite un párrafo; 2) En pp. 84-85, el texto dice que Filipinas tiene las cifras más bajas, pero en el cuadro es Indonesia; 3) En p. 93, los porcentajes de hombres y mujeres no suman 100, sino 90; 4) En pp. 162-163 se repiten párrafos.



**LAS DEFICIENCIAS** del sistema educativo mexicano, tanto público como privado, han sido puestas en jaque durante esta pandemia.

La educación a distancia ha revelado un nuevo nivel del infierno que no sospechábamos. Las clases *on line* son fuente inagotable de estrés. Tanto para los alumnos como para los padres. La tecnología es un embuste. Supuestamente nos facilita la vida. Pero ocurre todo lo contrario.

En casa hemos padecido horrores la intransigencia de la *institución* en la que mi hija cursa segundo de secundaria. Varias escuelas interrumpieron el ciclo escolar cuando comenzó la pandemia, o hicieron descuentos en el pago de colegiaturas. Era lo que correspondía. Al no asistir el alumno a clases se ahorran muchos gastos. Luz, pago de maestros, en fin. Sin embargo, la escuela a la que asistía mi hija se empeñó en no frenar actividades. Todo con el objeto de seguir cobrando las colegiaturas. La pandemia les cayó del cielo. Están ganando más dinero que nunca.

El problema de dicho modelo es que los soportes técnicos para la educación a distancia son inviables. Cada mañana es un volado. Mi hija utiliza el programa Microsoft Teams, porque la escuela así lo determina. Pero no existe un día en que no se presente un contratempo. Cuando no escucha a la maestra no la escuchan a ella. O a veces no funciona la cámara. O en otras simplemente no es posible conectarse. Es natural: ante el elevado número de usuarios la plataforma se satura. Y por si eso fuera poco, a los niños se les tortura con la advertencia de que si no están a tiempo en la clase se les sancionará. Es ridículo. Mi hija despierta a las 7 am para arreglarse, le piden que esté frente a la computadora con el uniforme puesto. Y si no consigue entrar es su culpa.

La impotencia que esto provoca le infunde frustración. Y a mí me produce desesperación. Ya le dije que si reprueba no voy a castigarla. Que demos el semestre por perdido. Pero ella se resiste. Se empeña en cumplir con las clases a distancia. Y no existe problema que no insista en que yo lo resuelva. Para mi mala fortuna no puedo hacer nada. Si el programa se traba, es un problema del servidor. Pero ella me exige que funcione la cámara. Que arregle la conexión. Que el internet está muy lento. Le pongo un video de YouTube para mostrarle que ése no es el problema. Y se enoja conmigo. Diario me despierto a hacerle su licuado de



xataka.com.mx

“HONESTAMENTE  
NO SÉ DE DÓNDE SACÓ  
MI HIJA **ESTE RESPETO**  
**POR LA ESCUELA. DE MÍ, NO?**”

plátano con fresas y a protagonizar una escena en que ella lucha inútilmente contra este molino de viento tecnológico.

Honestamente no sé de dónde sacó mi hija este respeto por la escuela. De mí, no. Yo siempre la detesté. Pero en este momento lo que más añoro es que el próximo ciclo se regrese a las clases presenciales. Porque ya no quiero verla sufrir. Y porque sé que necesita de la compañía de otros niños. Y porque está urgida de su antigua rutina. Entiendo que la obliguen a usar el uniforme en casa, porque eso le produce la sensación de estar formando parte de una clase, pero es todo tan surreal.

Como su computadora no quiso correr más el maldito programa, usa la mía toda la mañana. Y en ocasiones la mía no consigue conectarse, entonces lo hace desde su celular. Lo cual es peor, porque el volumen es demasiado bajo, entonces lo tiene que conectar a una bocina. Y es bastante incómodo ver la clase en la pantalla del iPhone.

He platicado con otros padres de familia y la pasan peor. Más aquellos que tienen tres hijos. O aquellos cuyos hijos están en primero de primaria, a los seis años no todos los escuincles son capaces de manipular una computadora. Y esto se complica más cuando el padre y la madre tienen trabajo y no pueden asistir a su hijo.

Un amigo que era profesor de preparatoria fue despedido. Al adoptar el modelo de clases virtuales meten a 42 alumnos por clase. Entonces, si antes había dos maestros que se los repartieran en dos aulas, ahora con uno solo basta. Pagan un solo sueldo en lugar de dos, pero siguen cobrando lo mismo. El margen de ganancia se duplica.

Como ocurre con todo en este país, estamos indefensos. No existe una ley que regule y supervise la educación privada. Y la pública está igual, pasa por unos aprietos que no se quedan atrás. En resumen: las clases *on line* no aportan nada al nivel académico ni al rendimiento. Al revés: han hecho a nuestros hijos esclavos. ▣

## EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por  
**CARLOS VELÁZQUEZ**  
@charfornication

ESCUELA  
ON LINE

**AL FONDO** de su grieta en el muro, el alacrán tuvo un sueño prehispánico acerca del Cerro del Chapulín, mientras en su cabeza se repetía la plegaria de Tochihuitzin: “Sólo vinimos a soñar, / no es cierto / que vinimos a vivir sobre la tierra”. El colótl —como le dice Moctezuma en su sueño al venenoso—, escucha al tlatoani sobre cómo sembraron él mismo y su carnal Nezahualcóyotl los ahuehuetes del Bosque de Chapultepec, y cómo canalizaron sus acuíferos para dotar a la Gran Tenochtitlan de agua y de protección ante las inundaciones.

Este bosque vio pasar a teotihuacanos y toltecas; Hernán Cortés quiso apropiárselo porque “los mexicas teníanlo por cosa deífica” (Torquemada *dixit*). El virrey Bernardo de Gálvez inició la construcción del Palacio Virreinal, luego Castillo de Chapultepec, donde los representantes de los Habsburgo, Maximiliano el ido y la divagante Carlota, instalaron su corte imperial bufa.

Fue después Colegio Militar, ahí donde cayeron “como renuevos cuyos aliños / un viento helado marchita en flor”, los heroicos infantes de un Nervo cursilón y patriotero. Porfirio Díaz remodeló su alcázar para utilizarlo como residencia presidencial, y fue hasta 1939 cuando Cárdenas lo cedió al pueblo como museo; mientras, en otra área del Bosque se levantaba la Residencia de Los Pinos.

El colótl se conmueve a estas alturas, pues sus amigos y ¿lectores? lo saben nacido a un lado del Bosque de Chapultepec, donde pasó buena parte de su infancia, en bicicleta, jugando beisbol en la explanada de La Hormiga



mexicoincreible.com

“SUS AMIGOS LO SABEN  
NACIDO A UN LADO DEL  
BOSQUE, **DONDE PASÓ PARTE**  
**DE SU INFANCIA?**”

(donde hoy se levanta el Museo Tamayo), remando al amparo de la Casa del Lago, o yéndose “de pinta” de la secundaria para escalar el cerro hacia el Castillo.

Cuando el escorpión por fin despierta de su ensoñación, se encuentra con el proyecto “Bosque de Chapultepec, Naturaleza y Cultura”, una enésima remodelación y ampliación del gigantesco espacio, al cual se le añadirá una cuarta sección (donde estaba el Campo Militar número 1, de siniestra memoria), además de un museo nuevo y la recuperación de monumentos, fuentes, acuíferos. Todo por unos 9 mil millones de pesos. El arácnido lee opiniones en pro y en contra, del arquitecto Alberto Kalach, el artista plástico Gabriel Orozco, el ambientalista Mario Schjetnan, así como la secretaria de Cultura, Alejandra Frausto, y la jefa de Gobierno, Claudia Scheinbaum, entre otras.

En tanto, el alacrán, nacido a dos calles de ese bosque mágico, evoca la conocida cita de José Emilio Pacheco: “Se acabó esa ciudad. Terminó aquel país. No hay memoria del México de aquellos años. Y a nadie le importa: de ese horror quién puede tener nostalgia”. ▣

## EL SINO DEL ESCORPIÓN

Por  
**ALEJANDRO DE LA GARZA**  
@Aladelagarza

POÉTICA DE  
CHAPULTEPEC

## FILO LUMINOSO

Por  
**NAIEF YEHYA**  
@nyehya

**PIENSO  
EN EL FINAL,  
DE CHARLIE  
KAUFMAN**

“LOS JÓVENES  
INTELECTUALES  
SON UNO MISMO.  
UN SOLITARIO Y LA  
MUJER IDEAL CON  
QUE SUEÑA. SIN  
EMBARGO, ES LA  
MUSA QUIEN NARRA”.

Una joven (la estupenda Jessie Buckley) espera sobre la banqueta y bajo una incipiente nevada que pase su novio, Jake (Jesse Plemons), a recogerla para visitar por primera vez a sus padres que viven en una granja. Así comienza el viaje que forma la primera parte de *Pienso en el final* (*I'm Thinking of Ending Things*), el tercer largometraje del autor de culto Charlie Kaufman, una obra sombría, cruel y heterodoxa (parte drama psicológico, comedia negrísima, musical y cinta de horror que evoca tanto a Bergman como a Lynch). La película comienza con la voz en *off* de la protagonista, quien piensa que va a finalizar su relación con Jake tras seis semanas de estar juntos y a pesar de creer tener una conexión real, auténtica e intensa con él (“Nunca he experimentado nada como esto”, dice). Mientras, la cámara se desliza por tapices, muebles, escaleras y pasillos de la casa donde él se crió. Pero en vez de terminar ella da ese paso importante en una relación de pareja que es visitar a los padres del novio. Kaufman hace muy evidente la ausencia de pasión, sensualidad o cariño entre ellos. Lo que sentimos es una cordialidad fría entre un individuo tímido y reservado y una joven brillante pero complaciente.

El viaje nos pone ante dos intelectuales que se disparan referencias y citas: “¿Has leído a...? ¿Conoces a...?”, en una especie de parodia de un pretencioso diálogo entre académicos que se quiere íntimo. Esta urgencia de crear un universo compartido a través de textos y conocimiento es desnudada por el mismo Kaufman en una secuencia donde ella cita a Oscar Wilde: “La mayoría de las personas son otras personas. Sus pensamientos son las opiniones de alguien más, sus vidas una imitación, sus pasiones una cita”. Se habla de y se cita aquí a William Wordsworth, David Foster Wallace (él menciona el lugar común de que su suicidio se volvió *la* historia) y Guy Debord. Para enfatizar esta cultura parasitaria intelectual también citan sin mencionar *la* crítica que hizo Pauline Kael (su libro *For Keeps* aparece de modo muy prominente en la biblioteca del “cuarto de la infancia de Jake”) a *Una mujer bajo la influencia* (*A Woman Under the Influence*), de John Cassavetes, o bien la frase “Los colores son las obras de la luz, sus obras y sufrimientos”, de Goethe.

Es una cinta saturada de claves que se vuelve hipnótica y abrumadora, como el papel tapiz floreado del inicio. Es el territorio que ha obsesionado a Kaufman en su obra: las referencias con las que definimos nuestra existencia y la manera en que construimos y decoramos el interior de nuestras cabezas (*Being John Malkovich*) con ese papel tapiz de palabras de expertos y poetas, relevantes, bellas y ajenas. El contraste de los paisajes desolados que recorren en el auto son las citas poéticas, científicas y artísticas con que tratan de crear un espacio amable para ambos. Una vez que llegan a la casa de Jake la decoración de la casa, los objetos, la granja y el aterrador chiquero vienen a contar otra historia, un relato doméstico de angustia, decadencia y sufrimiento.

La película se toma libertades con respecto a la novela del mismo nombre del canadiense Iain Reid en que está basada. Los jóvenes intelectuales son uno mismo. Un solitario y la mujer ideal con que sueña. Sin embargo, es la musa quien narra, quien observa y describe. Por tanto Jake permanece como un extraño que sólo muestra lo que quiere que ella vea, al tiempo que ella es cambiante y fluida. El título es como un mantra, una forma de reafirmar una y otra vez la individualidad de esta joven imaginaria en un mundo sin identidades (como en *Anomalisa*), una manera de romper con el flujo de la cotidianidad, de los rituales de pareja, de la comunicación anquilosada y poco expresiva. Ella no tiene nombre en la novela, pero aquí se llama Lucy inicialmente, luego Lucia y más tarde Louise. Lucia estudia física, dice que debe regresar a escribir un



Fuente: collider.com

ensayo sobre “Susceptibilidad a la infección de rabia en las neuronas sensoriales de los ganglios de la raíz dorsal” (un tema que él dice entender aunque no sea su campo), es pintora (paisajista con influencias románticas de Ralph Albert Blakelock, de quien hay un par de posters en el sótano) y poeta, que después de decir “No soy del tipo metafórico” recita un poema de su autoría (que en realidad es el soberbio poema inédito “Bone Dog”, de Eva H. D.) que es un reflejo del regreso a casa de Jake y del melancólico recorrido de un paisaje gélido y desértico. Más tarde Jake también dirá que ella es gerontóloga y mesera, una novia que es todas las novias. Y lo surreal es enfatizado por el teléfono donde ella recibe llamadas que no contesta, hechas a la identidad que le corresponde en ese momento. Y en contrapunto a la relación de estos aparece insertado el viejo conserje (Guy Boyd) que parece una especie de proyección de Jake (las mismas pantuflas, los uniformes lavándose en el sótano de la casa), de su temor al fracaso, de su incapacidad para liberarse de sus propios fantasmas, un hombre avejentado y condenado a limpiar por el resto de su vida la secundaria donde pasó horribles momentos de su adolescencia.

La casa familiar de Jake parece sacada de una cinta de terror con sus decoraciones espectrales cambiantes, apariciones (el perro que está ahí sacudiendo la cabeza cuando es invocado) y la fractura en el flujo del tiempo que corre sin sentido para atrás y para adelante. Lo que inicialmente parece un encuentro particularmente incómodo con los padres (Toni Collette y David Thewlis, dos actores extraordinarios que saben reflejar la enajenación como pocos) va convirtiéndose en un carnaval grotesco, desde la historia del puerco devorado vivo por gusanos y las ovejas congeladas (que se quedarán ahí hasta la primavera) hasta las carcajadas descontroladas de la madre, los comentarios extraños del padre, el rechazo poco disimulado de Jake por ellos y las enfermedades que van a devastar a los padres en su vejez.

Si bien podríamos pensar que Lucy es sólo un engendro del deseo de Jake, sus tribulaciones son el eje del filme. Ella se repite que quiere terminar con esta relación pero actúa como si quisiera continuar, tratando de mostrarse animada y fingiendo que lo que pasa en la casa de los padres es normal. Sin embargo, sabemos que le cuesta trabajo decir *no*. “Nunca me enseñaron eso. Es más fácil decir *sí*”. Ella quiere volver a su casa esa misma noche y él insiste de manera muy sugerente que no se preocupe: “tengo cadenas [de nieve para las llantas] en la cajuela”. Y la referencia a las cadenas resulta por demás evidente.

La cinta de Kaufman tiene atmósferas fabulosas y momentos brillantes de reflexión y de humor corrosivo, sin embargo la última parte, donde se entrega a la recreación fantástica de la relación por medio de la danza y el musical parece más que forzada, una serie de secuencias oníricas (con maquillaje deliberadamente burdo para simular arrugas) interminables, agotadoras y sin duda indulgentes. ■